

Introducción a la música afronorteamericana

Por Néstor R. Ortiz Oderigo

Hacia ya más de un siglo que los negros habían sido introducidos como esclavos en distintos países del Nuevo Mundo, cuando se inició el tráfico en los Estados Unidos, con el arribo a Jamestown, en las costas de Virginia, de un velero holandés que transportó veinte africanos. Era en 1719. En los comienzos, la esclavitud no prosperó gran cosa, hasta 1713, en que Gran Bretaña obtuvo el monopolio del tráfico en las colonias americanas, y, en particular, cuando el cultivo del algodón cobró verdadero incremento en la zona meridional de la patria de Jefferson. Entonces llegó a guarismos sorprendentes.

Los negros introducidos en territorio estadounidense por la corriente de la trata no pertenecían al mismo grupo étnico, ni a la misma cultura, ni hablaban idéntico lenguaje. En el barco esclavista se mezclaban las etnias más disímiles y los hombres provenientes de las regiones más apartadas del continente de ébano. Mas puede aseverarse que la mayoría de ellos provenían del Africa Occidental, zona susceptible de ser considerada más o menos homogénea en cuanto a los trazos de su cultura.

Contrariamente a lo que es común creer, los esclavos no llegaron al Nuevo Mundo en estado salvaje, toda vez que en la mencionada zona africana las culturas alcanzaron su más elevada tesitura de desarrollo. Allí germinó la más opulenta mitología —que asombró al etnólogo germano Leo Frobenius—, las religiones y los cultos cobraron un insólito grado de complejidad y se elaboró un sistema económico nada sencillo.

En el occidente africano también vieron la luz las expresiones artísticas de mayor aliento creadas por el hombre de color: los magníficos bronce de Benín, las esculturas en hierro y cobre del Dahomey, las famosas terracotas de Ifé, las tallas de madera de la Costa de Marfil, Nigeria y el Congo; las simbólicas danzas de expresión mágica y religiosa, y la música instrumental y vocal vinculada con añosos rituales.

Un pueblo dotado de un bagaje cultural semejante, forzosamente tenía que producir expresiones artísticas de

fuste, aun en las tinieblas de la esclavitud y a pesar del traslado involuntario a un país para él extraño. Y las produjo.

Si bien al entrar en contacto con un nuevo clima social y con una cultura nueva, algunas de las manifestaciones culturales de los negros mudaron la expresión de su rostro, no por eso el hombre de color transformó enteramente sus raíces artísticas, ni mucho menos las olvidó. Lo mismo en la Unión que en el Brasil, las Indias Occidentales o la Guayana, los esclavos continuaron creando en suelo americano sus diversas formas de cultura.

Al territorio estadounidense, el hombre de color llevó una rica y compleja cantera folklórica. Los cuentos, las adivinanzas, los apólogos y leyendas, en los que a menudo intervienen animales como el conejo y el zorro, son simples adaptaciones de relatos ger-

minados al calor del sol africano, y expresan la misma sensibilidad.

En el terreno coreográfico, el negro reina en forma absoluta. Su afición y cultivo de la danza han sido subrayados hasta por sus detractores, algunos de los cuales quisieron ver en este prodigioso rasgo de su cultura una «tara» propia de «razas inferiores».

La poesía folklórica creada por los afronorteamericanos alcanza su vértice más agudo en los cantos que integran el rico almacén de su cancionero, destacándose la aguda ironía, el rico humor, las originales imágenes con que están generosamente salpicados.

Pero es en el territorio de la música donde la personalidad artística del hijo de Cam se explaya con todos sus magníficos relieves. Sus canciones religiosas, los famosos *negro spirituals*; sus exquisitos *blues*, sus viriles cantos de trabajo, sus dinámicas canciones

Pasa a la página 8



Joe Turner

Foto: Ray Avery